

El 29 de agosto un grupo armado, muy de mañana, tomó por asalto la casa del funcionario público Rodrigo Franco, dando muerte a éste, a un empleado y dejando heridas a su esposa y una hija. En este recuento de atrocidades, no habría que omitir las inevitables secuelas psicológicas que estos hechos tendrán en los otros dos niños que aparentemente quedaron ilesos. Todo parece indicar, hasta el momento que el grupo armado estaba conformado por personas que se autodefinirían como de izquierda y revolucionarios. Pero estos hechos se asocian de inmediato con esas bandas fascistas que en otros lugares y otras épocas (Guatemala, Argentina, por ejemplo), asaltaban viviendas de militantes de izquierda y procedían a exterminarlos.

En un folleto titulado **Su moral y la nuestra**, Trotski, quizá recordando su experiencia en esos duros años que siguieron a octubre de 1917, signados por la guerra civil y la supervivencia de la revolución, dice, asumiendo la tragedia, que *“el proceso histórico es, ante todo, lucha de clases y acontece que clases diferentes, en nombre de finalidades diferentes, usen medios análogos. En el fondo no podría ser de otro modo. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos y si no hubiera nada en común en sus métodos de lucha, no podrían lanzarse ataques uno al otro”*. Esta cita en apa-

riencia no viene al caso: Franco y su familia frente a un grupo armado no son precisamente dos ejércitos. Pero me parece pertinente la reflexión general que Trotski propone sobre los instrumentos de los revolucionarios: en nombre de la eficacia, en el caso de sus ejércitos, le parece que deben ser forzosamente análogos. Creo que esto no es necesariamente así. Todo lo contrario. No debería serlo. Quienes pretenden construir un mundo nuevo, pueden prefigurarlo en su misma práctica. A las fosas y los desaparecidos no se puede replicar con los mismos procedimientos. Lo contrario anuncia la reproducción, con otros personajes y con otro cemento ideológico, del mismo autoritarismo. Por eso, ejércitos como el sandinista se han diferenciado de sus enemigos, sabiendo enarbolar otra ética y pretendiendo incluso humanizar algo tan terrible como la guerra civil. Cuando los sandinistas entran a Managua, abren las cárceles y dejan abolida la pena de muerte; tal vez recurrieron a una táctica poco eficaz, permitiendo que muchos de los beneficiados con estas medidas engrosaran después las filas de la contrarrevolución. Sin embargo, otra sería la conclusión si se considera que la lucha de ellos no estaba dirigida a exterminar personas (aún cuando hubieren sido torturadores y esbirros de una dictadura) sino a fundar un orden radicalmente nuevo: más humano en el sentido cabal del término.

Aunque el marxismo es una teoría obsesionada por la práctica, no son muchos los marxistas que se han preocupado por la ética. Sobre este tema, como sobre otras cuestiones fundamentales, son prescindibles los discursos desencarnados. Hay que pensar (y optar) frente a situaciones concretas. Y creo que no siempre quienes critican a esta sociedad se han expresado (nos hemos expresado) con toda la necesaria claridad cuando se han cometido crímenes como el que motiva estas líneas. Pienso en los campesinos fusilados por Sendero. Debemos hacerlo no como concesión ante nuestros oponentes sino por nosotros mismos y para que nuestras esperanzas no se conviertan en pesadillas.

Estos problemas no son exclusivos del Perú. También ocurren en otros lugares. Por ejemplo en Barcelona, en junio de este año: una bomba colocada por una

organización armada, ETA, en un supermercado popular con el saldo de 19 muertos. Frente a ese hecho escribí una carta pensando en algunos amigos vascos e inútilmente esperé fuese publicada por un diario de San Sebastián. Incluyo a continuación ese texto: Creo que lo que allí se expresa es válido para el Perú, con el agravante de que por aquí también deambulan esos terribles "coches bomba" (A.F.G.).

Barcelona, 25 de junio de 1987

Sr. José Félix Azurmendi
EGIN

De mi consideración:

*No hace mucho estuve en Bilbao y San Sebastián. Aunque fue una visita fugaz, ese viaje y las conversaciones que he podido tener aquí en Barcelona con algunos amigos vascos y catalanes, me permitieron descubrir la imagen de un pequeño país en el que todavía existen grupos y movimientos sociales que han mantenido sus convicciones revolucionarias, a contracorriente de una Europa cada vez más conservadora. Caminar un fin de semana por las calles del casco antiguo de Bilbao y verlas literalmente ocupadas por jóvenes, es constatar en el ambiente como ha logrado persistir la izquierda de los años sesenta. Allá no se han dejado seducir por los encantos de la democracia liberal: a lo menos un sector significativo de la población, aquellos que a diferencia de la izquierda y derecha españolas de hoy, no quieren "ser europeos" y se reconocen como los "indios" del viejo mundo. En Bilbao me hicieron una entrevista que acaba de ser publicada en el *Egin*. Esto último me sirve de pretexto para mandar esta carta al periódico que Ud. dirige.*

Todo el entusiasmo que pude traer a mi regreso del País Vasco fue sepultado por los 19 muertos de los almacenes Hipercor. Pero sin minimizar este hecho, me indignó igualmente la forma como ese crimen fue encarado tanto por Eta como por Herri Batasuna. Calificarlo de un "error político" y no querer condenarlo de manera rotunda y sin ambages, significa abdicar en este

caso de cualquier criterio moral y no puedo sino recordar el tráfico con las palabras tan frecuente en mi país que permite, por ejemplo, llamar a una matanza como la que sucedió hace un año en los penales de Lima, "exceso". La diferencia entre izquierda y derecha no debe estar sólo en los proyectos. Debe estar también en la forma de encarar la realidad. Situaciones límites como este "múltiple asesinato" son una prueba. Una izquierda que se alimenta de enunciados y abstracciones —como pueblo, clases populares, nación— y que pierde de vista a los seres humanos en concreto, no anuncia un futuro muy alentador. El comunicado de Eta reconoce su error y afirma su apoyo al pueblo de Cataluña pero los catalanes son seres con nombres y apellidos, como los muertos de ese barrio popular de Barcelona. El problema no es sólo por qué estalló la bomba (y la responsabilidad consiguiente de quienes habrían sido alertados), sino el mismo hecho de depositar una carga explosiva en un lugar público e incluso la circunstancia previa de circular por las calles de una ciudad con un coche sobrecargado de explosivos. Los riesgos eran en todo momento demasiado grandes. Esos diecinueve muertos, cuando menos, reclaman que se revise la pertinencia política (y ética) de esos coches bomba. Los errores no sólo deben ser asumidos, también pueden ser sancionados. Y las víctimas podrían recibir reparaciones más efectivas que un comunicado. De lo contrario la autocrítica es apenas un ritual sin contenido. Casi una burla.

En los años sesenta se acostumbraba dividir el mundo en dos. De un lado los revolucionarios y del otro, los defensores del orden establecido. El bien y el mal delimitados. Estos años terribles nos han obligado a superar estas fáciles dicotomías. Puede haber crímenes también en la izquierda. Cuando se producen, hay que denunciarlos con mayor vigor para no admitirlos como algo lógico y normal y para no terminar en la práctica dando la razón a los contrarios. Por azar he leído un texto de Josep Fontana en el que cita al sindicalista Joan Peiró, quien en plena revolución y no obstante la guerra civil y la amenaza fascista, no contemporizó con los crímenes cometidos en nombre y desde la izquierda: "Si el individuo tiene la prerrogativa revolucionaria de llevarse a los hombres para darles un paseo,

será entonces la propia revolución la que no tenga garantía alguna de que estos hombres no hayan caído en manos de criminales. La dolorosa experiencia ha demostrado que muchos de los inmolados lo han sido por manos criminales, y los criminales jamás podrán ser revolucionarios". Esta cita no debe gustar a los iluminados que se sienten encarnando alguna verdad eterna, en nombre de la cual pueden hacer y disponer de los destinos individuales. Ni tampoco a quienes definen a esos diecinueve muertos como un "error".

Quizá a la distancia y viviendo como se vive en el País Vasco, los amigos que allá conocí no habrán reparado en todo lo que esa bomba de Hipercor ha conseguido destruir. Pensando en ellos he escrito esta carta. Y también porque me resisto a compartir el pesimismo de quienes creen que terminó una época. Disculpen la extensión y ojalá valoren la sinceridad.

Atentamente,

Alberto Flores Galindo

